

A Haroldo Conti no lo conozco: geografías y narración documental

I Don't Know Haroldo Conti: Geographies and Documentary Narrative

Emilio Teno y Mariano Taborda¹

Resumen

En puntos distantes de la Provincia de Buenos Aires, Chacabuco y Tigre, dos grupos de bonaerenses, sin saberlo, homenajean al escritor y a su obra, encontrándose en los sitios emblemáticos, escenarios de su narrativa, para leerlo y mantener encendido el recuerdo y la memoria. En este artículo vamos a pensar su relación con el cine, la geografía de sus textos y la influencia de los homenajes en la película documental *A Haroldo Conti no lo conozco*.

Abstract

In distant parts of Buenos Aires Province, Chacabuco and Tigre, two groups of locals, without knowing it, pay tribute to the writer and his work, meeting in emblematic places—the settings of his stories—to read him and keep his memory alive. In this article, we will reflect on his relationship with cinema, the geography of his texts, and the influence of these tributes on the documentary film *I Don't Know Haroldo Conti*.

Palabras Clave: Haroldo Conti; geografía; película; narrativa visual

Key words: Haroldo Conti; geography; film; visual narrative

Haroldo Conti es un desaparecido. Haroldo Conti es un escritor. La mejor manera de recordar a un escritor desaparecido es leer sus libros, discutirlos, que circulen de mano en mano, que nos sigan interpellando a través del tiempo.

En puntos distantes de la Provincia de Buenos Aires, Chacabuco y Tigre, dos grupos de bonaerenses, sin saberlo, homenajean al escritor y a su obra, encontrándose en los escenarios de su

¹ **Emilio Teno** (Bahía Blanca, 1978) estudió Filosofía y Letras en la UNMdP. Publicó tres libros de poesía: *El tiempo que nos toca* (Renacimiento, Sevilla, 2004), *La noche americana* (Letra Sudaca, Mar del Plata, 2014) y *Cartografía imprecisa* (Cepes Ediciones, Mar del Plata, 2024). Publicó cuentos y textos críticos en diferentes medios. Desde el 2017 dicta talleres de narrativa. Contacto: emilioteno4@gmail.com

Mariano Taborda (Mar del Plata, 1984) estudió Letras e Historia. Trabajó como corrector, redactor y editor en medios gráficos y digitales. Publicó crónicas y críticas de cine. Desde el 2017 coordina el Taller de Narrativa. Dictó los seminarios “Rodolfo Walsh: ocho hipótesis de lectura” y “Haroldo Conti: geografías de una escritura”. Contacto: changotaborda@gmail.com

narrativa, para leerlo y mantener encendido el recuerdo y la memoria.

En Chacabuco, cada 25 de mayo, día del nacimiento de Haroldo, un grupo de lectoras y lectores se reúne y celebra frente al álamo Carolina, árbol que el escritor homenajeó en el libro homónimo.

En el Delta del Tigre, un grupo de isleñas e isleños lectores de Conti navegan hasta los Bajos del Temor, ese paisaje que Haroldo inmortaliza en su primera novela, allí fondean, comparten un almuerzo y lecturas de textos.

A partir de esos homenajes y el recuerdo de sus hijos y familiares surgió la idea de la película documental *A Haroldo Conti no lo conozco*; como una forma de oposición al olvido, como una forma de homenaje a esas mujeres y hombres que sostienen viva la obra de un escritor a la que también quisieron desaparecer.

Conti, su geografía

Haroldo Conti fue uno de los escritores argentinos cuya obra mejor supo articular paisaje, memoria y destino. Su literatura, atravesada por el vitalismo, encuentra en dos espacios concretos —Chacabuco y el Delta del Tigre— su universo de afición. Ambos lugares no sólo constituyen escenarios recurrentes en sus textos, sino también la construcción minuciosa de los caminos y fronteras de una geografía interior. Vamos a explorar esa relación profunda entre territorio y escritura, donde la vida y la obra de Conti se confunden en un mismo cauce.

Conti nació en Chacabuco, provincia de Buenos Aires, en el corazón de la pampa húmeda. Ese paisaje de horizontes amplios, estaciones marcadas y ritmo rural dejó en él una huella indeleble. En su infancia y juventud, los espacios abiertos de la llanura se convirtieron en una experiencia fundante de percepción del mundo: la distancia, la lentitud, la vida de la gente de campo, el ritmo de la naturaleza que se impone. De ese entorno surgiría una sensibilidad narrativa atenta al detalle y al

silencio, a la densidad simbólica del espacio aparentemente vacío. En cuentos como “La balada del álamo Carolina” o “Mi madre andaba en la luz”, se percibe esa forma de descripción narrativa que combina densidad de atmósferas, logradas desde el lenguaje poético y el elemento concreto, por momentos microscópico. Chacabuco, más que un lugar geográfico, se transforma en una patria mitológica: el punto de partida y también el territorio al que la memoria regresa para modificar el origen.

En la década de 1960, ya radicado en Buenos Aires, Conti, piloto civil, descubrió desde el aire, las islas del Tigre. Allí encontró un segundo paisaje decisivo. A diferencia de la pampa, el Delta ofrecía movimiento; un espacio fragmentado por el agua. Si Chacabuco representaba el origen, Tigre encarnaba la deriva. En ese nuevo escenario, el escritor vivió durante años, alternando su oficio de docente con la vida isleña. Esa experiencia se tradujo directamente en *Sudeste* (1962), su primera novela, premio Fabril Editores. La historia transcurre en el tiempo del río, la marginalidad de los hombres sujetos a sus vaivenes. El protagonista, El Boga, (podríamos decir que en rigor el protagonista es el río) es un personaje errante que busca sentido en un mundo que se deshace en el ir y venir del agua. Allí, inaugura la que será una de las marcas de su estilo: un lenguaje híbrido entre lo poético y lo concreto, donde el río es tanto materia como metáfora.

Luego de un período de transición, la poética de Conti va a consolidarse en una serie de cuentos que orbitan alrededor de la geografía del pueblo ya convertido en territorio de ficción. Chacabuco es la Ítaca fantasmal, hiperbolizada, del que no puede regresar al lugar del que partió porque ese lugar no solo está hecho de espacio sino de tiempo. Quizá la gran metáfora de su obra sea la del hombre en viaje, el tópico *homo viator*, el hombre que sale al camino a andar la vida y a encontrar aquello que le está destinado. Es un camino solitario y de transformación. Las reminiscencias cristianas son ineludibles. La figura del peregrino que emprende un doble viaje: hacia afuera y hacia adentro será la constante de su obra en los años setenta. Este período culminará con la publicación de *La balada del álamo carolina* en 1975. El libro, que editó por primera vez editorial

Corregidor, está compuesto por diez cuentos. Los cinco primeros “La balada del álamo carolina” (que da nombre al libro), “Las doce a Bragado”, “Mi madre andaba en la luz”, “Perfumada noche” y “Ad Astra” se desarrollan en un Chacabuco ya mítico, desplazado de sus márgenes por el recuerdo y los sentimientos de un yo narrador casi siempre testigo y, por momentos, protagonista. En la metáfora del camino, el final era la infancia y en ese viaje interior es en el que Conti iba a encontrar el paisaje de sus ficciones. El libro tiene una dedicatoria general que no deja dudas: “A mi madre, doña Petronila Lombardi de Conti y a la ciudad de Chacabuco, mi pueblo”. El origen y la infancia.

La balada del álamo carolina es a la vez un génesis y un cantar de gesta. De allí el nombre de balada que alude al género medieval de la épica anglosajona y germánica. Es un canto a esa geografía que moldea y expulsa, de la que siempre se huye y a la que siempre se quiere volver.

El álamo carolina al que hace mención el cuento es un árbol particular que se yergue en un camino de tierra entre Chacabuco y Bragado, cercano a Warnes, en la entrada a un campo en el que Haroldo pasó muchos momentos de su infancia y juventud. El árbol está al costado de un camino, sólo, junto al campo que se abre. El cuento comienza con un epígrafe, un poema anónimo japonés, que hace mención a otro árbol y que refuerza el que será el tema nodal del libro: la vuelta al origen y la mutabilidad de las cosas que abandonamos, la imposibilidad de retener aquello que está arrojado a la vida. Dice el poema: “Ciruelo de mi puerta, si no volviese yo, la primavera siempre volverá. Tú, florece”

El vínculo entre Chacabuco y el Tigre puede pensarse como una tensión entre dos geografías complementarias. La llanura es el arraigo; el Delta, la fuga. Esa dualidad estructura la poética de Conti: el deseo de pertenencia frente al impulso del viaje. Ambos paisajes comparten, sin embargo, un elemento esencial: la presencia de lo natural como fuerza moral. En los relatos de Conti, la naturaleza no es decorado, sino verdad y medida de la existencia humana. Sus personajes, muchas veces marginales o silenciosos, buscan en la tierra o en el agua una forma de redención.

Conti y el cine

La primera novela de Haroldo Pedro Conti, escritor argentino, secuestrado y desaparecido por un grupo de tareas en 1976, es tal vez la mejor. La publicó en 1962. El río y la navegación no eran, y no son, las geografías preponderantes de la narrativa argentina. La pampa desaforada (o el “vértigo horizontal” como dice Borges que le dijo un poeta francés mientras caminaban por las afueras de Buenos Aires) fijó la geografía de referencia desde Sarmiento hasta Cabezón Cámara. La ciudad, la urbanidad, irrumpió en el siglo XX con el inigualable Roberto Arlt. La navegación es interés de los anglosajones (la santísima trinidad: Melville, Conrad, Stevenson), antes de Conti en la literatura argentina sólo algunas obras memorables: la quietud en Antonio Di Benedetto, la contemplación en Enrique Wernicke. Haroldo Conti aporta con *Sudeste* a la serie de textos interesados por el agua.

Esa novela, la que despierta mayor interés dentro de la obra de Conti, fue pensada como un guión de cine. Casi todo es externo y visual, algunos diálogos y el narrador (la cámara) que sigue al personaje cuando navega sin plan, cuando come los peces barrocos, cuando forma parte de una violencia que no comprende y que lo llevará a agonizar sobre el barco, a transformarse en algo más del paisaje.

Exceptuando algunos textos (la novela con ecos existencialistas *En vida*; dos cuentos centrales narrados en primera persona: *El último*, un vagabundo y *Como un león*, el chico que vive en una villa), la mayoría de los cuentos y las novelas de Haroldo Conti se sostienen desde la descripción y la percepción visual. Las dos primeras novelas están determinadas por el paisaje. *Alrededor de la jaula* (1966), llevada al cine y estrenada en salas de cine mientras Conti estaba secuestrado y prohibido, transcurre en la costanera sur de Buenos Aires. Una zona algo abandonada, más cercana en tonos y vacío al Delta que a la super capital super poblada. El tono melancólico de *Sudeste* y de *Alrededor de la jaula* lo construyen, en gran medida, la escasez de personajes, la abundancia de campo abierto. Las dos novelas comienzan con la descripción visual, como una toma de la cámara general que luego se acerca al recorte que le interesa: “Entre el Pajarito y el río abierto, curvándose

bruscamente hacia el norte, primero más y más angosto, casi hasta la mitad, luego abriéndose y contorneándose suavemente hasta la desembocadura, serpea, oculto en las primeras islas, el arroyo Anguilas” (Conti 1962, p.7).

Menciona ríos y arroyos. No se puede pensar la novela desvinculada de las particularidades de ese sector del Delta. Toma referencias precisas, cartográficas, pero para ponerlas en función de la creación ficcional y para darles un tratamiento singular. El Boga conoce los cambios y la furia del río, no así la conducta de los hombres. El comportamiento de los isleños parece obedecer a un sistema que está íntimamente vinculado con el río. El río sin gente es agua marrón; los hombres sin el río no son nada. La relación los determina.

Por su parte, *Alrededor de la jaula* comienza con la siguiente descripción: “El vapor de la carrera apareció en la punta de la usina con todas las luces encendidas. No era más que eso, un montoncito de luces que aparecía a las nueve por la derecha y se deslizaba sobre el parapeto de la Costanera hacia la izquierda, entre las boyas del canal” (Conti 1966, p.9).

Ya aparecerán más adelante los personajes: el viejo que tiene la concesión de unos juegos, un chico que aparece de la nada y se queda a vivir con el viejo, un animal del zoológico que los obsesiona. Primero la cámara se encargará de captar la luz, el color, la tonalidad del ambiente para luego, con ese filtro, moldear la trama, la secuencia narrativa, los diálogos, el final.

La percepción, en estas novelas de Conti, antecede a la razón intelectualizada. Un personaje enferma en el final del verano y muere en el invierno: acompaña el ciclo vital con la luz del sol; cuando se aleja, se lleva la vida. Una clave central en *Sudeste* es el paso de las estaciones y cómo esas condiciones inciden en el territorio y en los personajes. Los cambios fijan una luz, un humor, una alimentación (qué se pesca) y un destino para los personajes. El sonido de las aves o el bullicio de los bañistas en verano completan una zona en la que tiempo y espacio se entrelazan.

En *Mascaró, el cazador americano* (1976) los intereses de políticos de Conti son más evidentes. Sin embargo, el circo que pasa por los pueblos sembrando la revolución, sus personajes

excéntricos, disparatados, con vestimenta que los determina, se narran a través de la percepción visual, desde afuera, como si una cámara incisiva siguiera a los personajes.

Haroldo Conti intentó escribir, a comienzos de la década de 1960, un guión cinematográfico; se convirtió en novela pero quedaron las huellas. Más allá de algunos pasajes en los que el narrador esboza alguna definición certera sobre el río o sobre los isleños —en la película eso se hubiera resuelto con diálogos, y en el caso de algún pasaje que resultara inverosímil, sólo con imágenes y la astucia del espectador— casi toda esa primera gran novela se cuenta desde afuera. Haroldo Conti es un cineasta que escribe cuentos y novelas.

A Haroldo Conti no lo conozco

En mayo del año 2019 comenzamos una investigación sobre la vida y la obra de Haroldo Conti. Luego de un seminario que realizamos sobre la obra de ficción de Rodolfo Walsh, decidimos continuar por Conti. Además de los textos, comenzamos a indagar en cuestiones extraliterarias. Como en pocos escritores de la literatura argentina, la obra y la vida de Conti están íntimamente ligadas. Las geografías y los personajes se repiten dentro y fuera de los textos. Los territorios míticos (su Chacabuco natal cantado en *La balada del álamo carolina*; los ríos que eligió para vivir y navegar, retratados en *Sudeste*) se transforman en material narrativo porque Conti los vivió. Conti es un escritor de la experiencia.

Descubrimos un homenaje casi secreto, íntimo, que un grupo de vecinos de Chacabuco realiza todos los años el 25 de mayo, día de nacimiento del escritor. Viajan hasta un punto preciso del camino entre Chacabuco y Bragado, allí leen, recuerdan, comen. El epicentro es un árbol, el viejo álamo carolina. El famoso árbol que motivó el libro. Imaginábamos el árbol en el centro de la plaza principal y no en un camino sin señalización, imposible de encontrar sin indicaciones previas, en un camino de ripio, con cráteres lunares sobre la tierra seca. Y el árbol ahí, como cualquier otro. Al rato de mirarlo,

por el eco del libro, porque su belleza austera de a poco florece o porque algo debe tener si esa gente viaja hasta ahí, el árbol ocupa todo. Los diez o quince participantes casi no toman registro cuando un actor recita en un tono levemente afectado ni cuando otro actor lee con histrionismo; ni siquiera graban a uno de los participantes: su hijo Marcelo que viajó de Buenos Aires para acompañarlos. También una comida sobre el fuego de la cocina económica que aparece en un cuento de Conti, cerca del álamo, en una estancia heredada por Bachi Cirigliano, hijo de Maruca, amiga íntima de Haroldo. Tomamos la precaución de viajar con tres camarógrafos, equipo de audio, luces.

Antes de irnos de Chacabuco se nos ocurrió apostar una cámara en la plaza principal y entrevistar a los que pasaban con dos preguntas simples y directas:

—¿Concés a Haroldo Conti?

—¿Leíste algo de él?

Nadie lo había leído, algunos desconocían el nombre. Un señor, de gorra, con lentes de lectura, los brazos apoyados en una bicicleta, dio la respuesta reveladora que tiempo después elegimos como título para la película. Dijo eso y nada más:

—A Haroldo Conti no lo conozco.

Después llegó el contacto con los familiares. Los testimonios de los otros hijos. Ernesto, el menor, solo vivió algunos meses en el mismo mundo que su padre. Una noche, cuando el escritor regresó del cine, fue a ver *El padrino II*, un grupo de tareas lo esperaba en la casa. Lo último que dijo, al menos lo último que alguien recuerda que dijo fue “cuidame el nene”. El nene es canoso y sufre la entrevista. No lee a su padre, no puede hacerlo. Su media hermana sí lo conoció y comparte algunos recuerdos luminosos. El gran hallazgo fue la hermana de Haroldo, Pocha. Más de noventa años, presencia vital. Es de las pocas personas contemporáneas de Haroldo que puede dar testimonio. El parecido físico es asombroso. Cuenta la infancia, cuenta su vida y, sin buscarlo, cuenta también el horror.

Nos llega, al año siguiente, el secreto de otro homenaje. En el Delta del Tigre, otro grupo de

quince o veinte personas hace un ritual. Navegan por los ríos infinitos hasta Los Bajos del Temor, límite con el Río de la Plata; esa zona navega El Boga, personaje de *Sudeste*. Los isleños vuelven realidad la ficción. Llegan en barcos, en lanchas hasta *La Bambina*, el barco que un ex radiooperador de buques mercantes y admirador de Conti ofrece para la celebración; tiene una lancha que se llama Haroldo. Comen, leen los libros del escritor que se parece a ellos porque vivía la hostilidad del río, porque la comodidad burguesa estaba lejos, porque sabía navegar. Se necesita un megáfono, el viento es poderoso y borra las palabras.

Horas de archivos digitales en computadoras y discos rígidos, una beca débil que llega, el esfuerzo desmedido, el compromiso de mucha gente. Con eso hay que hacer una película. Antes de las infinitas dificultades para finalizarla (aún se puede escribir una novela con una lapicera y un servilletero, el cine es muy caro) que aún persisten en la etapa de postproducción, apareció la pregunta: ¿Qué hay para contar? Horas de entrevistas, tomas inspiradas del álamo carolina, de la estela que deja la lancha cuando atraviesa el río, no hacen por sí solas una película. Ni siquiera el hallazgo de un especialista en árboles que declara frente a cámara que el álamo carolina está enfermo y se puede morir. Hay que definir qué contar, cómo, desde dónde, hasta cuándo.

Un primer guión en bloques fue descartado ante la primera lectura externa. El segundo intento, también a cuatro manos, tuvo mejor acogida: la película está en los homenajes (los testimonios de los familiares sirven para perfilar al hombre), en la belleza patética de los festejos anónimos, en la épica solitaria de los vecinos que recuerdan al que volvió arte el lugar en donde viven. Hay un escritor desaparecido que ya casi no se lee, que ya no está prohibido pero que corre peligro de extinción, y en gran medida esa obra se sostiene en dos grupos de quince personas, desarticulados, sin conexión entre sí, que preparan todos los años un cumpleaños en el medio de la pampa junto al tronco de un árbol y una lectura sobre el agua.

A Haroldo Conti le interesaba el cine, el sentido narrativo principal en sus novelas y en sus cuentos es el visual; primero mira, después escucha. No está mal entonces contar, discutir, proponer

una reapertura del canon, con una herramienta poderosísima como es el cine documental.

¿Por qué leer hoy a Conti?

La primera razón es quizá la más elemental: Conti es un gran escritor. Su poética constituye un universo diáfano: vida y obra dialogan desde el territorio mítico de la infancia hasta los ecos de las revoluciones de los 70'. Su estilo se refuerza en la concepción de la escritura como oficio, como trabajo. Hay una ética con la materialidad del lenguaje y hay una preocupación acerca del rol que debe cumplir un escritor en las tensiones políticas de su época.

Los ecos del existencialismo habían permeado en la literatura argentina de los 50, 60 y 70. La figura del hombre atormentado, solitario en la multitud de las ciudades que se pregunta por la condición humana y por la libertad fue el eje temático de muchas de las novelas de esos años. En el 71', Conti publica *En vida*. Es difícil no vincular la biografía de Haroldo con esta novela en particular. Es el momento en que la ficción se acerca más a su vida, quizá porque son los años de mayor convulsión a nivel personal y también de una crisis en sus horizontes temáticos y estéticos. A comienzos de los 70, Haroldo se separa de su primera mujer Dora Campos con la que había tenido dos hijos Alejandra y Marcelo (casi imposible no oír el eco de Luisa, Susana y Marcelo, familia de Oreste Antonelli en *En Vida*) y comenzó una relación con una alumna, Marta Scavac. El prestigioso premio Barral a *En vida* lo sitúa paradójicamente en un sentimiento de decadencia. Como escritor de éxito reconocido por el establishment aún siente que no ha encontrado su voz como declara en una entrevista en número 16 de la revista *Crisis* en el 74', dice:

Mi viaje a Cuba en el 71 me rescata de todo eso cuando me creía ya terminado como escritor. Desde aquí, desde esta alta colina, diviso por primera vez en toda su dimensión histórica a América y dentro de ella a mi propia patria, que reconozco, siento, amo y padezco por primera vez como tal. Eso me lanza a la búsqueda de una literatura que, dentro de mis limitaciones, se plasme en una expresión estilística y temáticamente nacional, de una identidad argentina, y por lo tanto me incorpore

verdaderamente a la literatura latinoamericana no en un calco con más o menos éxitos de fórmulas y voces lejanas, sino que me ayude a encontrar mi propia voz con mi propia palabra. (Conti 1974, p.40.)

Ese cambio del que habla Conti se vería reflejado en la novela *Mascaró, el cazador americano* de 1975. La novela ganó el Premio Casa de las Américas ex aequo con *La canción de nosotros* de Eduardo Galeano, de quién Haroldo fue íntimo amigo. Es su texto más político y más explícito y, sin dudas, el que sentenció su secuestro y desaparición.

El rótulo de escritor desaparecido, paradójicamente, muchas veces nos aleja de los vínculos políticos de Conti en vida. Haroldo, militante del PRT pero un humanista más cercano al cristianismo primitivo, entendía la literatura también como una forma de resistencia. Tanto en Chacabuco como en el Tigre, cultivó vínculos personales profundos con vecinos, isleños, pescadores. No escribía sobre ellos desde la distancia, era uno de ellos. Su mirada es ética antes que estética: su observación y comprensión de las vidas de sujetos anónimos, muchas veces marginales o supuestamente anodinos produce una literatura de héroes insospechados.

También hoy su literatura se presenta como una forma de resistencia. En un tiempo dominado por la inmediatez y la fragmentación, su literatura ofrece una experiencia de lentitud y profundidad que se vuelve urgente. Conti no fue sólo un narrador de paisajes; fue un pensador de la condición humana. Su voz regresa hoy con una vigencia que interpela tanto a la literatura argentina como a nuestra manera de mirar el mundo.

Hoy, volver a Haroldo Conti implica reconocer una escritura en diálogo con la naturaleza primitiva del ser humano y su lugar en el mundo. Reconocer en la textura de sus palabras el crujir de un árbol que nace, el rumor del viento, el brillo del agua. Allí persiste no sólo la memoria de un escritor, sino una ética de la mirada. Leer a Conti es, en última instancia, recorrer una cartografía, donde el paisaje es también lenguaje y la geografía, un destino.

Bibliografía

Conti, Haroldo (1967) *Alrededor de la jaula*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana.

Conti, Haroldo (1974) “Compartir las luchas del pueblo (reportaje de Martini Real)”. Revista *Crisis* N° 16 “Testimonios, relatos”, mayo de 1974; p.40.

Conti, Haroldo. (1998) *Sudeste-Ligados*: edición crítica, 1ºedición. Madrid, París, México, Buenos Aires; Sao Paulo, Lima, Guatemala, San José, Santiago de Chile: Fondo de Cultura Económica.